1965-1990. Después, todo lo demás...

¿Quién era Manolo en mi familia?

Mi padre llegó a casa con un cuadro de Sular, uno de una etapa realista figurativa, un paisaje popular, probablemente presentado a un concurso local de aquellos años.

Lo pusieron en el hall de la casa, donde estaba el teléfono.

Era inevitable mirar para él cada vez que me llamaban los amigos, la familia, los compañeros de clase...

Sin querer, ese cuadro que hoy se encuentra en la exposición, empezó a formar parte de mi cotidianidad, de mi vida, luego entraron otras obras de Manolo, un gallo, un bodegón, una "Ciudad Muerta" que mi madre eligió secuestrándolo del salón de los Sular-Pérez-Alfaro, al que iluminaba un sol de tarde sacándole unos rojos intensos aquella etapa de pintura matérica en la que se encontraba y que me atraía profundamente, despertando en mí la ilusión de ser algún día un artista como él.

Entre tanto, SULAR en boca de mi padre, era el moderno, el transgresor, el disidente, el ¿de que habláis que me opongo?, el comunista, el polémico, el creador. La savia joven de las tertulias en el Bambú primero y luego en La Farola Roja donde disentir era dialogar, proponer ideas, hacer críticas constructivas en medio de un paisaje de poetas, escritores, médicos dentistas, psicólogos, columnistas, políticos, editores, músicos y toda la fauna artística y cultural de un León inquieto y relevante de esos años.

A mis ojos, todavía turbios, era una curiosidad que despertaba poco a poco y que deseaba disfrutar y participar alguna vez, mi padre lo mencionaba a menudo a la hora de cenar. Algo habría removido en aquellas materias pensantes de aquellos cafés...

En aquella época para nosotros, también eran Maribel, Manolo y Teresa y Cristina, unos vecinos de patio que nos habían quitado el sol al construirse el edificio donde ellos vivían y que entraba por las tardes en la fachada de atrás de nuestra casa, a los que yo saludaba con curiosidad, imaginando una casa de "artistas" de la que salía una música culta y distinta de las playlist de música clásica de la época, en las fechas donde todos teníamos las ventanas abiertas.

Maribel me daba unos besos cuando me encontraba al salir hacia el conservatorio con mi violín y me decía "mon petit garçon" y me ponía colorado.

Sular ya fue Manolo, cuando ya más mayor, me encontraba con él también en el Quiosco de Jony donde estaban Santiago, Pin, "El Faino" y otros incipientes modernos cultos de aquella época, eran los 70. Era un antro de rojos donde aprendías a aprender.

A lo largo de esos años nos encontrábamos en las exposiciones o en el Húmedo donde Manolo o Santiago nos pagaban las rondas, éramos estudiantes pobres y ellos muy generosos, Más tarde, al acabar la carrera, nos reencontramos en el Venecia, otro antro de fauna heterogénea donde los tertulianos eran otros, profesores de la Universidad, editores, rectores, fotógrafos, pintores, arquitectos... Mari Tere.

Un disfrute para los oídos. Escuchar a Manolo era renovar la mochila cultural, siempre había un tema interesante e intrincado ya fuera de política, arte, música. Era el Google de los 80, 90, cuando nadie tenía smartfone.

Para mí Manolo fue una de las mejores herencias de mis padres, como amigo y por las obras que ellos habían adquirido y nos habían acompañado durante tantos años.

En 1990 adquirimos en la Galería Centro Arte, dos obras de JULAR para el Estudio de Arquitectura que compartía con José Luis Aller (Piu), la que elegí se titulaba BartóK, probablemente inspirada en alguna de aquellas sinfonías que salían de las ventanas de su casa y que entraban en mis oídos a través del patio que compartíamos, que yo ya sabía de quién era y que llegó a apasionarme igual que a él, porque por algo hizo esa sinfonía de colores musicales con su nombre. Analizándolo más tarde me recuerdan a la letra con la que escribo esto "La Jular".

Después...

Más tarde nos encontrábamos en algunas de sus exposiciones y las de arte del Colegio de Arquitectos. En la "Galería Ármaga" me hice la foto que acompaña este escrito con él. Allí me recordó aquello de "mon petit garçon" que me decía Maribel, "May", porque él también lo había escuchado de ella en el quiosco del Yony cuando iba con mi violín hacia el conservatorio a ver si aprendía a tocar a Béla Bartók o la barcarola de los cuentos de Hoffmann por lo menos.

28 de enero de 2017. Yo estaba en Asturias viendo "Varekai" del Circo du Soleil, por eso no se me olvida, me apareció un mensaje en el teléfono, un disgusto horrible, el héroe, el referente, el creativo insurgente, el melómano, el ARTISTA que había acompañado los espacios que habito durante toda mi vida, había tenido la descortesía de morirse sin permiso de todos los que le admirábamos.

Una historia viva de León que hacía revivir a todos los amigos de mi padre primero y a los míos después y que sigue viviendo en las paredes de mi casa con honor.

Gracias Manolo Sular por haberme enseñado a aprender y por iluminar mis paredes todos los días.

Ángel M. Román. "Mon petit garçon"